

JUAN MARTINEZ, personaje y leyenda.

En la breve historia de la arquitectura chilena de este siglo, Juan Martínez Gutiérrez ocupa un lugar destacado, no sólo por la trascendencia y dimensión de su obra creadora, sino por la lección de autenticidad que encierra el ejemplo de su propia vida.

Cuando ya se han apagado los ecos de la polémica que envolvió algunas de sus obras y con la perspectiva del tiempo transcurrido, es posible medir en su verdadera magnitud la influencia que alcanzó su labor, no tanto en la definición de un lenguaje expresivo contemporáneo, sino en su modo de entender y ejercer la arquitectura.

En su trabajo profesional, o en su escondida obra pictórica; en la cátedra — donde se alzaba como figura indiscutida de maestro — en el Decanato de la Facultad, o en la labor gremial, exhibió siempre una rigurosa consecuencia entre pensamiento y acción, nacida de una concepción casi filosófica del oficio de arquitecto y de un apasionado amor a esta profesión que fué para él — más que una actividad — un modo de vivir.

El Comité de Redacción ha analizado muchas veces las ventajas y desventajas de dedicar un número a la obra de un solo arquitecto. En este caso se trataba de recoger un testimonio valioso de la arquitectura chilena del segundo cuarto de siglo — testimonio disperso y destinado a perderse irremediabilmente en una parte importante de sus trabajos inéditos. Se logró finalmente reunir este material gracias a la inapreciable ayuda de la familia Martínez, de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile y de algunos fieles amigos y discípulos que nos prestaron su generosa colaboración.

La decisión final de publicarlo no fué sólo un acto de justicia para con nuestro socio Nº 1 y co-fundador de esta Revista. Nació también de la convicción compartida de que la identidad entre la vida y la obra de Juan Martínez encierra una enseñanza para las nuevas generaciones de arquitectos que no lo conocieron de cerca. Porque hizo de la arquitectura un acto de fé y una razón de existir que lo mantuvo, como un gran solitario, por encima de las polémicas y los grupos antagónicos ocasionales.

Posiblemente la aproximación a su obra, en términos formales, no conmueva a los actuales estudiantes de arquitectura, motivados por un universo de tendencias cambiantes, en que se va diluyendo el noble sentido del oficio. Juan Martínez poseía una rigurosa concepción funcional, dentro de un lenguaje formal ligado a la tradición expresionista europea de pre-guerra, que conoció muy bien en sus años de formación en el Viejo Mundo. Unía a esto una gran seguridad en la articulación de los grandes volúmenes y un especial sentido de lo monumental. Era, por sobre todo, como indica Rodrigo Márquez . . . "un arquitecto que tenía el don de la medida y la maestría del espacio".

Pero más allá de la tendencia que representaba, su dimensión humana comporta una lección de integridad que hay que rescatar. Porque en él se da, más que en otros artistas de su generación, esa indentificación entre personaje y obra, entre hombre y leyenda, que resulta tan difícil de encontrar hoy en día. Fué — por encima de todas las cosas — un arquitecto que a lo largo de toda su vida se jugó apasionada y generosamente por aquel oficio en el cual creía.

